

# **El Generalísimo Trujillo**



**FUNDAMENTOS POLITICOS Y AMBITO  
EMOCIONAL DE UNA ADMIRACION**

**Por**

**RAMON FERNANDEZ MATO**

**Ex-Diputado a Cortes**

**Ex-Director General de Seguridad**

**Ex-Gobernador Civil de la República Española**

**Editorial LA NACION, C. por A.**

**Ciudad Trujillo, R. D.**

**1944**



30102

BOYD  
10  
4-10-89

 **Biblioteca  
Nacional**  
PEDRO  
HENRIQUEZ  
UREÑA

EXLIBRIS



*Carlos Larraín Blanco*

COLECCION





BN  
923-17293  
T866F  
C. 2

BN  
923-17293  
T866F  
C. 2



*"Este es el índice somero y apretado de la obra de Trujillo, trazado a trancos, sin rozar siquiera la espléndida ebullición de palacios y de caminos, de fábricas y de templos, de puentes y de puertos, de hospitales y de mercados, de laboratorios y de granjas, de aeropuertos y de acueductos, de repoblaciones forestales y de misiones sanitarias, de viviendas obreras y de monumentos conmemorativos, friso deslumbrador sobre el que hay que trazar el título sumo y justo que el Generalísimo Trujillo merece: el de **PRIMER TRABAJADOR DOMINICANO**".*

017286.



18  
1831-1832  
1832-1833  
1833-1834

1834-1835  
1835-1836  
1836-1837  
1837-1838  
1838-1839  
1839-1840  
1840-1841  
1841-1842  
1842-1843  
1843-1844  
1844-1845  
1845-1846  
1846-1847  
1847-1848  
1848-1849  
1849-1850  
1850-1851  
1851-1852  
1852-1853  
1853-1854  
1854-1855  
1855-1856  
1856-1857  
1857-1858  
1858-1859  
1859-1860  
1860-1861  
1861-1862  
1862-1863  
1863-1864  
1864-1865  
1865-1866  
1866-1867  
1867-1868  
1868-1869  
1869-1870  
1870-1871  
1871-1872  
1872-1873  
1873-1874  
1874-1875  
1875-1876  
1876-1877  
1877-1878  
1878-1879  
1879-1880  
1880-1881  
1881-1882  
1882-1883  
1883-1884  
1884-1885  
1885-1886  
1886-1887  
1887-1888  
1888-1889  
1889-1890  
1890-1891  
1891-1892  
1892-1893  
1893-1894  
1894-1895  
1895-1896  
1896-1897  
1897-1898  
1898-1899  
1899-1900  
1900-1901  
1901-1902  
1902-1903  
1903-1904  
1904-1905  
1905-1906  
1906-1907  
1907-1908  
1908-1909  
1909-1910  
1910-1911  
1911-1912  
1912-1913  
1913-1914  
1914-1915  
1915-1916  
1916-1917  
1917-1918  
1918-1919  
1919-1920  
1920-1921  
1921-1922  
1922-1923  
1923-1924  
1924-1925  
1925-1926  
1926-1927  
1927-1928  
1928-1929  
1929-1930  
1930-1931  
1931-1932  
1932-1933  
1933-1934  
1934-1935  
1935-1936  
1936-1937  
1937-1938  
1938-1939  
1939-1940  
1940-1941  
1941-1942  
1942-1943  
1943-1944  
1944-1945  
1945-1946  
1946-1947  
1947-1948  
1948-1949  
1949-1950  
1950-1951  
1951-1952  
1952-1953  
1953-1954  
1954-1955  
1955-1956  
1956-1957  
1957-1958  
1958-1959  
1959-1960  
1960-1961  
1961-1962  
1962-1963  
1963-1964  
1964-1965  
1965-1966  
1966-1967  
1967-1968  
1968-1969  
1969-1970  
1970-1971  
1971-1972  
1972-1973  
1973-1974  
1974-1975  
1975-1976  
1976-1977  
1977-1978  
1978-1979  
1979-1980  
1980-1981  
1981-1982  
1982-1983  
1983-1984  
1984-1985  
1985-1986  
1986-1987  
1987-1988  
1988-1989  
1989-1990  
1990-1991  
1991-1992  
1992-1993  
1993-1994  
1994-1995  
1995-1996  
1996-1997  
1997-1998  
1998-1999  
1999-2000  
2000-2001  
2001-2002  
2002-2003  
2003-2004  
2004-2005  
2005-2006  
2006-2007  
2007-2008  
2008-2009  
2009-2010  
2010-2011  
2011-2012  
2012-2013  
2013-2014  
2014-2015  
2015-2016  
2016-2017  
2017-2018  
2018-2019  
2019-2020  
2020-2021  
2021-2022  
2022-2023  
2023-2024  
2024-2025

1830



Señor Director de la Junta Superior Directiva del Partido Dominicano; señor Secretario de Estado, Gobernador Civil de la Provincia; señor Comandante militar; señoras y señores:

Hay honores que, por desmesurados, abruman al que los recibe, lesionando profundamente su serenidad. Tal el que en este instante disfruto y que delata, poniéndola más allá de las fronteras de la cordura, la benevolencia extremosa de las altas autoridades del Partido Dominicano.

Esta tribuna es el Delfos político del país, la sede viva de la dominicanidad y ofrecérsela a un pobre despojo de la dramática peripecia española es demasía cordial que me envanecería, si no me intimidase.

Y, no obstante, cuando la llaneza señoril, tan de esta tierra, del Presidente don Virgilio Alvarez Pina, me comunicó la inesperada invitación, entraron en violenta litis mi modestia y mi orgullo.

Me llamaban a hablar desde la Ciudad Benemérita y ni siquiera se me sugirió el tema, para no restar a la merced ni un ápice de su generosidad. Pero San Cristóbal tiene la gran fuerza centrípeta, en orden a la inspiración, que supone una pila bautismal donde los destinos de un pueblo recurvaron venturosamente.

Creedlo así, o decidme si alguien podría por vez primera hablar en Strafford y no ocuparse de Shakespeare, disertar en Mount Vernon y desentenderse de George Washington, ocupar un estrado en Koenigsberg y olvidar a Kant, acercarse al baptisterio de Alcalá de Henares y prescindir de Miguel de Cervantes.

San Cristóbal, que tenía probada la calidad insigne del

troquel local fundiendo en metal heroico la figura de Antonio Duvergé, el bravo de Cacimán y El Número que murió con la arrogancia leonina de nuestros comuneros en Villalar, estampando en puro perfil dominicano al Protector de la República José María Cabral y haciendo un Cid negro del General Suero, había de ser aun catapulta escondida en un vergel para lanzar a la altura histórica un hombre providencial.

San Cristóbal, manadero de astros marciales, criador de patriotas cimeros, antemural de la Libertad, advirtió un día que el Himno Nacional tenía incrustadas, en su solemnidad, suavidades y ternuras de canción de cuna, cuando en un hogar, santificado por la honradez y dorado por el amor, nacía un niño que traía un halo de predestinaciones superlativas.

La emoción de la epifanía cristobalense llega hoy hasta mí al recordar aquella hora del 24 de Octubre de 1891 y ya no me es dado admirar sin un íntimo movimiento traslativo los encantos plurales de las hijas de San Cristóbal que hacen revivir en mi memoria aquel donaire de Sevilla que asegura que allí, como aquí, no son caras las flores, sino que son flores las caras.

No, no; el hechizo y las virtudes de las mujeres de San Cristóbal se acendran, se purifican y se cuajan en una sola mujer que os sintetiza y resume por condensación augusta, en una mujer que, como Cornelia a la patricia de Cápua que le mostraba sus alhajas, podría decir, señalando a su hijo: "He aquí mis joyas y mis adornos"; en una mujer de quien se ha proclamado su excelsitud matronal porque en su regazo estuvo la aurora que hoy es magnífico mediodía y porque vive en la órbita de la gloria filial sin otro orgullo que el de la maternidad valiosa para la patria, y sin más afanes que los de un corazón que tiene la eterna juventud de la misericordia y de la caridad. Esta mujer de San Cristóbal, Doña Julia Molina Chevalier, quisiera que fuese para mi intrascendente peroración de esta noche, la trémula estrella que en el nocturno divino de Belén cantaba sobre la pobreza de un establo su villancico de luz anunciando a un Salvador.

Pero no estaría bien cerrada la curva jerárquica que hace de San Cristóbal un arco dominicano de triunfo, si no recordásemos que aquí nació también la primera Constitución dominicana, la Ley fundamental de la nación, con

lo que se apuran, hasta el límite de lo egregio, sus privilegios de pueblo elegido para los alumbramientos conspícuos.

Y bien se ve, por tanto, que no podría ver la luz en otra parte quien como el Generalísimo Trujillo había de dar ancha realidad a los sueños generosos de los héroes tallando una patria rehabilitada, próspera, segura, digna y gozosa, con el formón maravilloso de una voluntad excepcional a la que sirven dócilmente las claridades fecundas del talento, el indomable temple de la energía y aquella enardecida vocación creadora que hizo decir a José Martí que “los apasionados son los primogénitos del mundo”.

\* \* \*

Me ligan al Presidente Trujillo esos inefables vínculos que los hombres de bien tejen, para toda la vida, con los favores recibidos. Pero no ha de terciar hoy aquí la gratitud personal, aun cuando me sea grato declararla por aquello que dijo Metastasio, el paisano de San Francisco de Asís: “El ser agradecido es un deber; pero ya se cumple tan poco que hoy el cumplirlo es una gloria”.

Son bien distintos los pulmones con que va a respirar mi admiración para que los suspicaces no puedan, fuera de aquí, confundirme con los que el poeta anónimo —tal vez Fernández de Andrada, según Menéndez y Pelayo— llamaba “augures de los semblantes del privado”.

De linaje político, como hombre de orden, y de índole sentimental, como español y como expatriado, es mi fervorosa identificación con el gran estadista dominicano. Y como no tengo amo que me restrinja, ni partido que me timonée, ni se me importa un ardite el refunfuño de los apóstoles biliaris, yo expondré aquí la intimidad insobornable de mis convicciones, sin otra cota de malla para mi sinceridad que aquellas estrofas de Quevedo en su célebre epístola al Conde-Duque de Olivares:

No he de callar, por más que con el dedo,  
Ya tocando la boca, o ya la frente,  
Silencio avises, o amenazas miedo.  
¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

Por otra parte, yo pienso que el sumo prestigio del Generalísimo Trujillo ni puede ganar nada con adhesiones de

protozoarios políticos de mi microscópico calibre, ni le afectan, tampoco, el mordisqueo por control remoto y las bombas “robot” de las malquerencias prudentemente a salvo, pues ya Magno Aurelio Casiodoro estableció que “grande es la gloria que no aumenta con las alabanzas ni disminuye con la censura”.

Para afianzar ante vosotros la verisimilitud de mis consonancias con las normas políticas del Benefactor dominicano, fuerza es que, remontando la conturbación que me produce hablar de mí mismo, os diga que en los puestos de gobierno con que me honró la República Española, no he transigido jamás con la subversión ni tuve nunca la debilidad de negociar con aquellos que Don Antonio Maura olímpicamente humilló denominándolos “contratistas del orden público”. Mi musa republicana fué la autoridad y allí donde alguien se salió de la ley puede haber quedado un reproche para mi dureza, pero no una befa para mi timidez y alebronamiento, pues creía y creo que ningún régimen, por perfectas que sean sus substancias ideológicas, puede sobrevivir a la gangrena cívica de la indisciplina social. Yo me enfrenté de continuo con aquellos que el implacable ironista de “La Isla de los Pingüinos” definía como “alborotadores famélicos que siembran la discordia y el odio y tribunos que seducen al pueblo con ostentaciones convulsivas de un falso amor”.

“Sine autoritate nulla vita”. El gobernante que no adopta esta divisa es un entregador de la patria.

Desde que puse el pie en esta América —“América, refugio de los desesperados de España” escribía aquel perito de la desgracia que se llamó Cervantes— me dediqué a observar la vida política en torno mío y la figura del Presidente Trujillo fué ganándome la voluntad porque era una recta imperturbable entre las eses de la desorientación o de la demagogia, porque tenía un ritmo entero y claro de construcción y de sistema, porque no se descubría, entre la acción y las palabras, la incoherencia inverecunda con que los fariseos de la democracia la deshacen bajo los palios deslumbradores de todas las simulaciones. Sus tejados de vidrio debieran aconsejarles no ser temerarios honderos.

El Presidente Trujillo tomó el mando del buque sabiendo lo que iba a hacer y bien seguro de que lo haría. En la página primera del diario de navegación del estadista, él pudo, como Emerson, fijar de antemano su derrotero mo-

ral: "Confía en tí mismo; todos los corazones vibran cuando se pulsa esta cuerda de acero".

Y así fué. Para tantearle, el Destino pasa, a los pocos días de su exaltación a la Primera Magistratura del país, el rodillo de un ciclón por encima de la capital y es en un marco de escombros y de desolación donde se inserta, neta y excepcional, la categoría culminante del hombre. Y tomó la ciudad aniquilada en sus manos de cíclope y al soplo de su voluntad impávida renació acrecida en magnitud y en gracia, con esa alegría matinal de las resurrecciones en las que el milagro deja siempre el temblor de lo sobrenatural.

Pero, además, el huracán fué tan serenamente contemplado por el Benefactor que éste pudo extraer de su estrépito horrísono una lección de asepsia, como si el fragor apocalíptico del elemento enloquecido fuese, no más, el urbano ruido de un camión de la limpieza. Lo viejo podía llevarse de igual manera por delante el fuerte viento de una concepción nueva del arte de gobernar y así fué como todo lo caduco, todo lo momificado, todo lo negativo, todo lo putrefacto, todo lo museal, cayó para ser arrumbado allí donde no estorbase el paso juvenil y atlético de una política vital que acabaría con los artificios resecaos y que no se avenía a ser una Sulamita dando calor a lo valetudinario.

A los soldados se les toma la talla antes de ingresarlos en filas. Al Presidente Trujillo se la tomó Dios, midiéndolo con un cataclismo.

Este ya es buen punto de partida para la admiración. Pero para mí, pavesa de la hoguera de España revoloteando en voluntario destierro, hay en el Generalísimo Trujillo dos facetas que traslucen la calidad humana y la fidelísima conciencia patrimonial del ínclito director dominicano.

Cuando Europa crujió, como uva en lagar, bajo las potestades exterminadoras —la satánica tragedia levantó el ensangrentado telón en España— la República Dominicana, por designio de su Jefe, se lanzó a rescatar millares de seres humanos a quienes el odio acorralaba y que no tenían más perspectivas que la encía lúgubre de la fosa común o el perímetro dantesco del ergástulo alambrado de los campos de concentración. Y fueron, primero, los republicanos españoles, alguno de los cuales, como el líder del pueblo vasco José Antonio Aguirre, se zafó en Alemania de las propias mallas de la Gestapo ganando la sombra salvadora de la bandera dominicana; y fueron, después, en espesa

legión de desamparo y de dolor, alemanes y franceses, austriacos y checos, todos los perseguidos de Europa, traídos al regazo de esta tierra ilustre donde la civilización occidental tuvo su himeneo glorioso con América.

Pero ¿qué peculiar estilo tuvo esta gesta de la solidaridad humana? .Ah! No sólo la presidió el más intachable desinterés, sino que no hubo cribado cauteloso de razas, de ideas, ni de creencias. La República Dominicana quiso ser un regazo y no un filtro. Unicas condiciones para el visado, el infortunio y el peligro. Ningún requisito para la hospitalidad. Era una política del sentimiento, sin interferencia del cálculo ni del recelo, una política de brazos abiertos y ojos cerrados que la sensibilidad dominicana comprendió bien y la interpretó, en la entraña popular, con un sentido conmovedor de la fraternidad. El país era pequeño, como visceralmente es pequeño el corazón. Y, no obstante, aquí hallaron, no sólo cobijo, sino el pan y el cariño, la libertad y la paz, gentes que ya no tenían en la tierra más asidero que la misericordiosa mirada de Dios.

Por eso yo no creo, no puedo creer, que nadie que haya recibido de la República Dominicana y de su conductor eminente la acogida, ejemplar en su amplitud y en su tono, que aquí se dispensó a quienes llegaban acezados de pavor y escolimados de hambre, pueda, dentro aun, o fuera ya, de este país, pagar tanta liberalidad con la ingratitud y menos aun con la monstruosidad ética de la difamación.

En Evián, en las Legaciones Dominicanas de Europa, en los departamentos oficiales de Ciudad Trujillo, sólo se pensó en Abel y si algún Caín se infiltró, al socaire de la generosidad amplísima de este pueblo y de sus gobernantes, caiga sobre él el estigma de haber sido un polizón nauseabundo entre un pasaje de caballeros, porque el que se vaya tornando añeja la caridad que nos hicieron, no autoriza a quien la disfrutó a comportarse como un bribón.

El Presidente Trujillo, esfigmógrafo delicadísimo para las pulsaciones históricas, reintegraba a España y a los demás países de Europa las virtudes cristianas que aquí tuvieron el desembarcadero pristino y profanar, con deslealtades bellacas, la pureza y el volumen del rasgo magnífico, es villanía que excluye, a quien la comete, hasta de la lástima que como miserable merece, puesto que, además de pagar con felonía el trato hidalgo, compromete y daña a quienes no reaccionan de modo vil. "Quien no sabe agrade-

cer —sentenció Plutarco— no sólo adquiere fama de ingrato, sino que produce un mal universal, puesto que, con su ingratitud, disuade a los bienhechores de dispensar beneficios a los demás”.

La posición humanitaria del Presidente Trujillo frente a la diáspora de España y del resto de Europa, posición de alta ternura civil y de profunda tolerancia política, permitirme que lógicamente la empalme con el para mí más impresionante matiz de su rica personalidad: su fervor hispano.

Difícilmente podrá encontrarse otro estadista que le iguale en cuanto a la ardua armonía con que conduce, en actos y en verbo simétricos, su entrañable fe americanista y su palpitante respeto por la estirpe hispana. El Generalísimo Trujillo, criollo específico, que siente bajo su erguido pecho la resonancia santa del ideal bolivariano y que quiso dar seguridad a las dovelas de las nacionalidades de América fijándolas jurídicamente con la argamasa anfictiónica de una Liga de Naciones Americanas; el Generalísimo Trujillo que, aun sin disiparse el humo de la alevosía de Pearl Harbor, dió un paso al frente para alinearse con las fuerzas de la Democracia, rinde de continuo a la nación progenitora el homenaje severo y conmovido de su lealtad espiritual, coincidiendo así con este pueblo dominicano de tan asombrosa capacidad de elevación que elimina los agravios del pasado para no recordar la España que hacía de esta colonia primada adehala o ñapa secundaria en infamantes tratados, quedándose tan sólo con la gloria imprescriptible e inalienable de haber sido llamada La Española por Colón y de haber albergado dentro de muros próceres la iniciación de América en los ritos de la fe católica, en los fulgores del señorío y en las vigiliass de la cultura.

Por dominicanidad exquisita el Presidente Trujillo siente a España como un vínculo inefable, como una vibración de la sangre, como un mandato de los antepasados y no encuentra antinómicos el fatigado sol de Castilla y las cuarenta y ocho estrellas mozas que forman hoy la constelación majestuosa de la Libertad del mundo.

Escuchemos de nuevo la voz del que, el 16 de Agosto de 1943, oficiaba en el ara del abolengo: “Proclamamos y defendimos con bravura sin par nuestro derecho a la vida de pueblo libre y soberano, pero al mismo tiempo defendimos y defenderemos siempre nuestro derecho que no tiene

paralelo en la Historia del Nuevo Mundo, el derecho a la cultura hispana, a esa cultura que nos vino entre dolores de la Patria del Cid y que hemos sabido mantener incólume, entre dolores y honra, contra sórdidas invasiones frustradas y contra la mal disimulada ambición, más que secular, de injertar en nuestro suelo y en nuestro espíritu, elementos y modalidades ajenas por completo a esta sagrada herencia”.

¡Herencia! Esta es la palabra justa y substancial, la herencia que, por su grandeza, no puede tomarse a beneficio de inventario. Es la “cepa hidalga” de que hablaba días atrás, con perspicacia brillante, Troncoso Sánchez.

Poco antes de morir aquel sabio cubano que se llamó Mariano Aramburo, postrer resplandor de una generación estelar, escribía: “Sin caer en pretencioso dogmatismo, bien puede asegurarse que se lograrán las nacionalidades americanas que cultiven con fidelidad su propio ser, vigorizando su esencia, y fenecerán las vacilantes, las versátiles y las renegadas que se nutren de exotismo, elemento debilitante que desvirtualiza y disuelve el alma nacional. Cuba será tanto más cubana cuanto con más celo y amor conserve la esencia hispánica de su alma nacional”.

Y no están solos en esta actitud de justicia para la madre España el llorado polígrafo cubano y vuestro noble Presidente. Hay una madrépora de ilustres nombres americanos bebiendo el amargor de la incomprensión o de la malicia que inútilmente asedian el inmemorial prestigio de mi patria; Courne y Waldo Frank, en Norteamérica, Alfonso Reyes y Esquivel Obregón en México, Luciano Herrera en Colombia, Gabriel Navarro y Nicolás Espinosa en Ecuador, Salvador Diego Fernández, en Guatemala, Parra en Venezuela, Augusto Eyquen, en Chile, Ricardo Rojas y Enrique Larreta, en la Argentina, son la digna escolta de este Trujillo y Molina en cuyos apellidos diríase que alientan las tenacidades extremeñas de los halcones que cantó Heredia y la fortaleza de aquella esposa de Sancho de Castilla a quien no le tembló nunca el cetro en la mano.

La palabra del Presidente Trujillo responde siempre con un ¡alerta está! a la arenga lírica de Rubén:

“Unanse, brillen, secúndense tantos vigos dispersos;  
formen todos un solo haz de energía ecuménica.  
Sangre de Hispania fecunda; sólidas, ínclitas razas  
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo”.

Hombre el Presidente Trujillo de depurados gustos ha encontrado, además, fuera del aro protocolar, una fina manera tácita de ofrendar a España las rosas inmarcesibles de un respeto radical y estático, cuidando y mimando las viejas piedras coloniales de la Iglesia de San Nicolás, del Alcázar de Don Diego Colón y de otros monumentos seculares, acordonándolas con jardines que templan la melancolía de la ruina, mostrándolas al extranjero como las alhajas que abonan la alcurnia dominicana.

¿Puede un español, singularmente si, como nosotros, lleva en las grietas del alma sangrando el amor a la Patria suspirada e inaccesible, dejar de agradecer esta caricia indirecta y casta que recibe nuestra urente soledad? ¿No son esas unas bien adobadas migas de la España eterna suficientes para sostener el saber de lo perdido en las regurgitaciones de la nostalgia?

Algún día, si Dios es servido, podremos decir allá cómo nos consolaron esas piedras y cómo vimos en su delicado protector a un amigo de España que sabe leer el emocionante alfabeto de los muros rotos, de las columnas amputadas, de las grecas corroídas, de los desmochados capiteles que son el testamento ológrafo de una raza.

Pero, salgamos ya de esta atmósfera patética para encarnarnos, por breves instantes, con la estatura política del Presidente Trujillo; vayamos de los hontanares de lo sensitivo al ancho mar de la objetividad.

Sería prolongar vuestra fatiga, con menosprecio de vuestra benevolencia, si yo enumerase redundantemente en esta casa sus altos servicios a la Patria; pero sí me consentiréis que airée lo que estimo que ha de abastecer, en decantación final, su gloria inabrogable.

Bastaría, eso sí, para confundir y poner en ridículo a los Zoilos resentidos que se obstinan en la impotente y ominosa tarea de intentar tapar el sol con el dedo, evocar, saltando de hito en hito, aquellas obras de gobierno que califican al Presidente Trujillo fuera y por encima de todos sus predecesores; recordar cómo a él se debe la consagración, sin restricciones, de la personalidad jurídica y de la capacidad política de la mujer dominicana, rebasando el nivel jurídico de todos los demás pueblos; cómo hasta que el Generalísimo volvió sus ojos hacia sus "mejores amigos los hombres de trabajo" el obrero vivió extramuros de la legislación, mientras que ahora pudo la Delegación Domi-

nicana proclamar en la Conferencia de Filadelfia que esta República va en la vanguardia en cuanto a leyes protectoras de los trabajadores; cómo la Hacienda pública fué vigorizada hasta rebosar por los “superávit” fiscales, rayando de cuajo los empréstitos que inveteradamente ulceraban la economía del país; cómo extirpó la retención aduanera que mermaba y deslucía la soberanía patria, a tanta costa lograda y sostenida; cómo el Ejército fué drenado para substituir sus resabios pretorianos por una conciencia y una sensibilidad acendradamente imbuídas de disciplina patriótica, dotándolo eficientemente para ser el brazo armado del honor y de la seguridad nacionales; cómo hizo de la medianería azarosa y mostrenca de la frontera haitiana un borde vivo, impermeable e intangible del suelo patrio, creando, con una línea de civilización, lindes inconfundibles; cómo lleva al agro sediento los raudales que despiertan su fecundidad; cómo satura de ímpetu la función educativa, legrando el analfabetismo, y cómo sirve a la cultura abriéndole cancha a todas las actividades superiores de la inteligencia.

Este es el índice somero y apretado de la obra realista de Trujillo, trazado a trancos, sin rozar siquiera la espléndida ebullición de palacios y de caminos, de fábricas y de templos, de puentes y de puertos, de hospitales y de mercados, de laboratorios y de granjas, de aeropuertos y de acueductos, de repoblaciones forestales y de misiones sanitarias, de viviendas obreras y de monumentos conmemorativos, friso deslumbrador sobre el que hay que trazar el título sumo y justo que el Generalísimo Trujillo merece: el de **Primer Trabajador Dominicano**.

Pero, a mi ver, la gran obra del preclaro estadista estriba en haber hecho lo que un político español llamó “la revolución desde arriba”, esto es, en haber llevado al crisol la idicsincrasia nacional que había estado soportando el impacto consuntivo de una desmoralización que también venía de arriba y que había aventado y degradado la fe del pueblo.

¡Ah! vestales averiadas de la seudodemocracia: aquí es donde yo confronto el rango taumatúrgico del Benefactor y la enteca condición de vuestro innocuo e inicuo encono.

Tomar, como un alfarero genial, entre los dedos, temblorosos de inspiración, un país empobrecido, sin temperatura moral, desganao para las viandas mágicas del entu-

siasmo, empotrado en el marasmo de todas las desesperanzas y convertirlo en maciza unidad alentada, en un frente optimista, enorgullecido y creyente, es proeza que los pigmeos del espíritu no pueden reconocer, porque el escorpión jamás ha podido comprender a la torre.

Pero como, según Ernesto Renán, "la patria es un plebiscito incesante", los dominicanos observan indiferentes o divertidos como se desgañitan en vano las sirenas capciosas, a muchas de las cuales podría azotárselas con el desdenoso zurriago del ingenio benaventino: "¡Bah! cantor de la miseria porque las princesas no quisieron escucharte!"

En esta patria refundida, deshelada, purificada, desratizada, nimbada por el respeto internacional, opulenta de porvenir, cantan libres los poetas, vendimian los músicos la parra de sus melodías, repican los cinceles en los estudios, vuelan los libros de las prensas, prospera el mercader, sonrío el jornalero y fulge el altar.

¿Qué se ha perdido, en cambio? ¡Nada! Va a decírnoslo la maestría zahareña y perínclita de Anatole France: "Es preciso maldecir la Revolución. Lo ha trastocado todo y no hemos ganado nada. Le debemos las naciones armadas, los cuarteles, las guerras innumerables. Los hombres perdieron libertades esenciales, tangibles y aprovechables por una libertad teórica: la de pronunciarse sobre problemas que ignoraban... He dicho en "Les Dieux ont soif" lo que pensaba. Los revolucionarios, cuando no son pueriles, son odiosos. ¿Sus ideas? ¿Qué miseria! ¿Sus esperanzas? ¿Qué tristeza! ¿Su sociedad? ¿Qué presidio! ¿Su grandilocuencia? ¿Qué mentira! ¿Sus promesas? ¿Qué farsa!"

Ante la figura de Rafael Leonidas Trujillo, lista y aparejada ya para avecindarse en la Historia, mi irrevocable admiración da un precipitado caballeresco que me impele a jurar altiva y jubilosamente su bandera, porque al contacto de esta extraordinaria eminencia política se encarama del corazón a los labios la terminante elegancia del pensamiento del filósofo: "La libertad es querida de muchos; pero sólo los fuertes la fecundan".

He dicho.

San Cristóbal, C. B.,  
1º de septiembre, 1944.





